

Prólogo

Sheffield, octubre de 2010

El pasado fin de semana se atrasaron los relojes y ahora se hace de noche incluso más temprano aún. Se maldice a sí misma, debería haber salido antes de casa. Conduce con demasiada rapidez porque quiere llegar antes de que oscurezca, ya que si hoy no los ve, no los volverá a ver hasta la semana que viene. Cuando aparca el coche y cruza la antigua entrada de piedra del parque, el cielo está empezando a oscurecer. Es un día inusualmente frío para ser finales de octubre y en el aire flota el olor a leña. Los colores otoñales de la naturaleza se ven especialmente vivos después de la lluvia, y las hojas húmedas despiden un olor fresco, a tierra, aunque son resbaladizas y ha estado a punto de caerse de plano en más de una ocasión mientras se apresura por entre el bosque.

En el pasado le encantaba este parque, pero ahora avanza con la cabeza agachada, evitando mirar a su alrededor. Ha caminado por estos senderos serpenteantes tan a menudo en tiempos más felices que ahora le resulta casi doloroso venir aquí, pero es la única oportunidad que tiene de observarlos sin ser vista y debe aprovecharla. Camina junto al estanque, pero no hay ni rastro de los patos ni de las pollas de agua que viven a su alrededor, ni del par de garzas reales grises que a veces aparecen en la otra orilla. Hoy el estanque está sereno y silencioso, y bajo esta luz el agua parece casi negra. Hay algo en la oscuridad del agua que le produce una sensación de tristeza y soledad.

Pasa por la parte trasera del café hasta llegar a las pasarelas del arroyo, procurando mantenerse detrás de los árboles. Viste toda de negro, salvo por el pañuelo plateado de color claro. Probablemente no

la delatará en la oscuridad, pero por si acaso se lo quita del cuello y lo guarda en el bolso. En la zona de los columpios hay unas pocas madres con sus hijos y aguza la vista para reconocer los rostros que busca, pero es evidente que todavía no han llegado. Echa un vistazo al reloj de pulsera, a estas horas ya deberían estar aquí.

A su izquierda un gato blanquinegro se desliza por entre el cercado de metal de la zona de los columpios antes de agacharse, echando las orejas atrás y moviendo la cola al ver una presa real o imaginada en la maleza. Ella lo observa, distrayéndose por un momento con la névea blancura de sus patas y bigotes. Es un gatito muy bonito, y pese a no ser más que una cría ya está practicando sus habilidades como cazador. Se abalanza sobre una hoja seca, atrapándola entre las patas para examinarla.

En ese instante ella los divisa, están entrando en la zona de los columpios. Al reconocer sus voces se acerca instintivamente un poco para oírlos con mayor claridad, pero de pronto se detiene. Ya no se atreve a aproximarse más. Si la descubren, como le ocurrió en una ocasión, dejarán de venir al parque y tal vez no los vuelva a encontrar nunca más. Por el momento debe conformarse con quedarse agazapada en la penumbra.

1

Sheffield, 21 de diciembre de 2009

Escuché el crujir de mis botas mientras me dirigía al trabajo. Era una mañana fría y despejada. El cielo estaba aún oscuro, Sheffield se encontraba cubierto de un manto de nieve y me chocó el contraste de los tejados blancos de las casas y los chapiteles de la iglesia con la intensa negritud como telón de fondo. Por la noche había vuelto a caer un aguacero y como apenas se veía aún un alma en la calle todo estaba inmaculado y perfecto, solo mis huellas oscuras estropeaban la prístina blancura del lugar. Hoy era el solsticio de invierno y también cumplía cincuenta años, aunque nadie lo sabía. Por lo que concernía a mi familia, yo había cumplido los cincuenta hacía tres años y medio, cuando lo celebramos según la fecha que figuraba en mi partida de nacimiento y que, por una extraña coincidencia, había caído en el solsticio de verano. Me sentía rara al saber que hoy era un día tan señalado para mí sin podérselo contar a nadie. De pequeña me parecía de lo más injusto que mi cumpleaños coincidiera con el día más corto del año. «¿Sabes qué, pajarito?, me dijo mi madre al final del día, haremos otra fiesta para ti en verano para que celebres dos cumpleaños, como la reina de Inglaterra.» Y ahora resultaba que tenía dos aniversarios, pero solo celebraba uno. A estas alturas de mi vida ya me había acostumbrado, pero hubo uno en particular que me costó mucho, el que tenía un cero al final. Lancé un suspiro mientras me dirigía al trabajo contemplando mi aliento cristalizándose en el aire matutino. No valía la pena darle más vueltas al asunto.

Hoy era mi último día de trabajo en el Proyecto para Familias Jóvenes, ya que no iba a volver hasta unos días después de Año Nuevo. Estaba segura de que tendría que trabajar hasta la víspera de Navidad, sobre todo porque ya había tenido una semana libre, pero mis jefes sabían que

mi hija acababa de dar a luz y eran muy flexibles. Normalmente los miércoles salía de trabajar al mediodía, pero después de hacérseme la mañana eterna, me di cuenta de que aún tenía que redactar algunas notas de casos de familias y como no quería dejarlas para después de Navidad, haciendo de tripas corazón, decidí terminarlas.

Me tuve que quedar trabajando en el despacho hasta las dos del mediodía. Luego les deseé a mis compañeros felices fiestas, me puse las botas de goma y salí disparada al exterior cubierto de nieve. Tomé la calle Queen y subí por la vía adoquinada, empinada y angosta, que llevaba a la catedral. Esta parte de la ciudad era muy bonita y la pequeña plaza georgiana donde se encontraban todos los bufetes de abogados se veía preciosa cubierta de nieve. Las guirnaldas de luces de colores colgando de las ventanas y las farolas antiguas en medio de la plaza le daban el aspecto de una postal navideña.

Cuando entré en el acogedor ambiente del café vegetariano donde solía almorzar, ya se habían ido la mayoría de clientes que acudían a esa hora y empezaban a llegar los fanáticos del té con pastel de zanahoria. Reconocí a algunos. En este lugar siempre acostumbrabas a ver las mismas caras, la mayoría eran de una mezcla de estudiantes y profesores de las dos universidades de Sheffield, mujeres bohemias y pintorescas, y lo que mi marido Duncan llamaba a veces *barbudos raros*. Como yo, iban al café sobre todo por la comida ecológica que servían, pero el suelo de madera del local, las paredes granate y los periódicos gratuitos habían hecho que fuera un sitio muy popular para escaparte del bullicioso centro de la ciudad, en especial los días fríos y grises como el de hoy.

Mientras esperaba en la cola, eché un vistazo alrededor para ver las mesas que estaban libres. Una ráfaga de aire se coló en el local cuando un tipo cubierto con un abrigo negro enorme abrió la puerta y desapareció en la calle gris. Miré dos veces. Por un instante el modo de andar de ese hombre me resultó familiar, pero me dije que era imposible.

—Un *risotto* de calabaza moscada y nueces —le pedí a la camarera cuando me llegó el turno.

Depositó el plato en la bandeja con un botellín de agua y me dirigí a la cajera. Cuando estaba a punto de dejar la bandeja en el mostrador para pagar, oí una voz masculina exclamar: «¡Jo!» Se me cayó la bandeja de las manos y al chocar contra el suelo, el *risotto* se volcó. El plato se hizo trizas y el arroz se desparramó por el suelo de madera. Durante un instante me quedé paralizada, sin poder respirar. Eché un vistazo a mi alrededor horrorizada, pero de pronto descubrí que la voz pertenecía a un tipo barbudo, bajito y rechoncho, que acababa de saludar con entusiasmo a una joven con el cabello violeta.

En el café se hizo de golpe un silencio sepulcral.

—¿Estás bien? —me preguntó alguien.

—Sí —respondí asintiendo con la cabeza—. Sí, gracias. Siento haber tirado la comida, se me ha escurrido la bandeja de las manos.

Temblando como un flan procuré ayudarla a recoger los pedazos del plato del suelo, pero la chica del mostrador insistió en que me sentara a la mesa mientras me traía otro *risotto*.

—No ha sido culpa tuya, cariño —me tranquilizó—. Las bandejas siempre están húmedas.

Hacía años que no me sobresaltaba así, creía que mi cuerpo ya no reaccionaba con ese antiguo reflejo desde hacía mucho.

Había acabado de comprar casi todos los regalos navideños, pero quería regalarle algo especial a Hannah, tal vez unos pendientes, o una pulsera. Le dije a Duncan que quería destacar con este regalo, ahora que ella también era madre, pero para serte sincera, era sobre todo para celebrar que el parto hubiera ido bien. La gente no se daba cuenta de lo peligrosos que eran los partos, pero yo sí lo sabía. Cuando me senté en el abarrotado autobús para volver al centro de la ciudad, me pregunté si Hannah tendría otro hijo al cabo de uno o dos años y cómo lo afrontaría yo si fuera así. Duncan no había querido que yo estuviera en el hospital mientras mi hija daba a luz. «Marcos te llamará en cuanto haya alguna novedad», me había dicho. «Como no hay nada que puedas ha-

cer, es mejor que te quedes en casa viendo una película en devedé o algún programa por la tele en lugar de estar caminando preocupada de arriba para abajo por el pasillo del hospital.»

«Si me da la gana caminar preocupada de un lado a otro, lo haré, ¡no te fastidia!», le había soltado con más brusquedad de la que deseaba. Solo quería permanecer allí, necesitaba estar al menos cerca de mi hija. Me senté en una silla de plástico de la sala de espera del hospital, rezándole a todos los dioses que se me ocurrían, logrando contenerme a duras penas para no echar la puerta de la sala de partos abajo a patadas. Pobre Duncan. Yo sabía que también estaba preocupado, pero me sentía tan angustiada que ni siquiera pude hablar con él hasta saber que mi hija estaba en perfectas condiciones. Al final, después de pasar una larga noche hecha un manojo de nervios, todo había ido razonablemente bien, gracias a Dios, y ahora esperábamos con ilusión nuestras primeras navidades como abuelos.

Después de apearme del autobús, al pasar por el Winter Garden de tejado acristalado para acortar el camino, con sus cactus enormes, sus exóticos helechos y sus palmeras gigantescas, me di cuenta de que por los alrededores del invernadero había bastantes niños pequeños que parecían estar interesados en las plantas. Ahora advertía por primera vez las inmensas reproducciones de serpientes y lagartos escondidas en la maleza, una buena forma de atraer a los críos. Al salir del Winter Garden pasé por delante de los Jardines de la Paz, donde en verano los niños correteaban chillando en bañador y gorra de visera para protegerse del sol, entrando y saliendo de las fuentes. Qué pena que cuando Hannah era pequeña no hubiera aún ninguna de estas cosas, pero me moría de ganas de poder ir con mi hija y Toby a los jardines para hacer un picnic sobre el césped y contemplar a mi nieto jugando con otros niños del parque en el agua espumosa de los surtidores.

Era Nochebuena y el centro de la ciudad estaba, como era de esperar, repleto de gente. Algunos comerciantes se veían nerviosos y otros tenían cara malhumorada. Aunque la mayor parte de estudiantes ha-

bían regresado a sus hogares por Navidad, algunos se habían quedado en Sheffield trabajando en tiendas y bares o disfrutando de la ciudad, como el grupo de jóvenes chinas con gorros de Papá Noel que hacían cola para subirse al Ojo de Sheffield, cogidas de la mano y riendo mientras esperaban su turno. La noria* se había montado en verano y ahora que estaba iluminada por Navidad se veía sin duda espectacular, sobre todo por la noche. Al lado había un árbol navideño enorme decorado con luces azules y al estar todavía sus ramas cubiertas de nieve tenía un aspecto precioso.

Cuando pasé por la zona peatonal de Fargate para dirigirme a Marks & Spencer advertí delante de mí a una mujer a poco más de un metro de distancia empujando un cochecito repleto de compras. Un niño de unos cuatro años caminaba tambaleándose a su lado, con el bracito en alto intentando sobrepasar las voluminosas bolsas que sobresalían por los lados para agarrarse al mango. Mientras yo los miraba, el pequeño tropezó y se cayó de bruces contra el suelo helado. La madre se volvió de golpe con los brazos en jarras. Se encontraba en un estado avanzado de gestación a juzgar por su voluminosa barriga.

—¡Maldita sea!, Aaron, no tengo tiempo para estas tonterías, te lo digo en serio. ¡Levántate del suelo de una vez! —le ordenó la mujer cuando yo estaba a punto de ayudar al pequeño a hacerlo para que ella no tuviera que agacharse.

El niño, abrigado con un plumón azul y un gorro rojo de lana, seguía tendido en el suelo con las suelas de sus botas de agua de Spiderman vueltas hacia arriba. Se echó a llorar desconsoladamente.

—He dicho que te levantes. ¡Ahora mismo! —gritó la mujer.

—¡Por el amor de Dios! —exclamé sujetando al niño por las axilas para ayudarle a ponerse en pie.

—¡Tú no te metas! —me espetó, soltando el cochecito para acercarse a mí amenazadoramente.

* Una noria transportable de sesenta metros de altura que se montó en Sheffield en julio del 2009 y se desmontó en noviembre del 2010. (*N. de la T.*)

Me preparé para un eventual ataque, pero de pronto el sobrecargado cochecito se volcó y el bebé que había dentro se echó a llorar.

—¡Mira lo que ha pasado por tu culpa! —gritó la mujer volviéndose, aunque no estaba claro a quién se lo decía.

Agarrando a su hijo por la manga se lo llevó de vuelta a su lado, haciéndole llorar con más fuerza aún.

—¡Deja de llorar, desgraciado! ¡Y si sigues berreando ya te puedes olvidar de los regalos de Navidad! —le chilló enderezando el cochecito con una voz tan dura como una bofetada.

Arrastrando al niño que seguía llorando a lágrima viva cruzó la calle, obligando a un tranvía que pasaba en ese momento a dar un frenazo y tocar el claxon. La mujer cruzando la plaza sin volver la vista atrás, se encaminó sin más al mercado del Castillo.

Me quedé plantada en el lugar por unos momentos. Los berridos del niño fueron disminuyendo de intensidad y su gorrito rojo se fue empequeñeciendo mientras desaparecían entre los montones de gente. Sentí un nudo en la garganta y tuve que contenerme para no derramar unas cálidas lágrimas. Por un segundo fantaseé imaginándome que le arrebatara el niño a esa malvada bruja que le había tocado por madre y me lo llevaba a casa para que disfrutara de unas navidades auténticas, cariñosas y felices. A algunas personas les deberían prohibir tener hijos. Pero recordé la formación que había recibido antes de unirme a la plantilla del Proyecto para Familias Jóvenes: no juzgues a los demás, no conoces su pasado ni las circunstancias de su vida. Y era verdad, algunas de las familias a las que ayudábamos tenían al parecer unos problemas muy graves y complejos, pero para ser sincera, yo sabía que la mayoría amaba a sus hijos, y a veces con unos pocos consejos que les dieras ya les bastaba para que su vida volviera a ir por buen camino. Aunque había algunos casos muy duros y entonces me daban ganas de llevarme a esos pobres niños a mi casa para que la vida les fuera mejor.

Las puertas automáticas de Marks & Spencer se abrieron de par en par y al entrar en el local noté una ráfaga de aire caliente que contrastaba con el frío ambiente de fuera. En la sección de artículos navideños

las madres estaban comprando objetos brillantes y relucientes, con sus hijos pegados a su lado contemplándolas de hito en hito con ojos como platos. Me quedé allí un minuto, tratando de olvidarme de aquella mujer horrible, pero por más que lo intentaba no pude quitarme de encima esa deprimente sensación. No lo entendía, debería estar contenta, porque Hannah iba a venir el día de San Esteban a visitarnos y se quedaría con nosotros hasta la noche siguiente. Podría al fin cuidar de ella y mirarla un poco. Había estado con Hannah y su marido unos días después de nacer Toby, pero a Duncan le preocupaba que me hiciera pesada. «Necesitan aprender a ser padres», me advirtió. «Si te quedas con ellos demasiados días cuando te vayas les costará todavía más adaptarse a su nueva vida. Y, además, si tu hija te necesita solo tiene que llamarte.» Tal vez tuviera razón. Sabía que yo tendía a sobreproteger a Hannah, siempre lo había hecho. Pero ahora la veía tan cansada que quería echarle una mano a toda costa.

En el supermercado de Marks & Spencer había una cola de gente esperando para recoger los pavos de granja ecológica que habían encargado. Lo cual me recordó que tenía que pedir a Duncan que llamara por teléfono al carnicero para ir a buscar el pavo que había encargado. Yo no soportaba esos lugares. Todavía me atrevía a cocinar pollo asado, aunque hubiera dejado de consumirlo, pero las carnicerías o los mostradores de la carne del súper me sacaban de quicio. Sobre todo no soportaba ver sangre de nuevo, en el delantal del carnicero o en sus manos. Las oscuras manchas en la tabla de cortar de madera ensangrentada y la mera idea de que el suelo de detrás del mostrador o de la trastienda estuviera cubierto de sangre, pegándose a la suela de los zapatos del carnicero y haciendo que el aserrín se apelmazara, me horrorizaba.

Vagué por los pasillos del supermercado, metiendo jengibre cristalizado y delicias turcas en el cesto, aunque me resistí a comprar los arbolitos navideños de chocolate envueltos en papel de plata porque el año anterior *Monty*, al que tanto le daba que el chocolate fuera malo para los perros, había birlado un buen montón, zampándose los con

envoltorio y todo, y se había pasado dos días defecando cacas brillantes. Mientras me dirigía a la caja, divisé a un tipo desapareciendo detrás de un surtido de pastelillos de frutos secos. Al verlo sentí de pronto un escalofrío. Estaba casi calvo y llevaba un abrigo oscuro enorme que parecía irle demasiado grande, pero su forma de andar me resultaba familiar. Lo vi por un instante al final de un pasillo del súper. Solo vislumbé su cara de perfil, pero advertí que llevaba unas gafas de montura gruesa y que su piel era más pálida de lo habitual. Scott tenía la piel olivácea, el pelo largo y no llevaba gafas, pero ese tipo tenía algo que me recordaba mucho a él... El hombre se volvió un poco hacia mí y por un instante me quedé paralizada. Era él, era Scott, y ahora estaba en Sheffield. De súbito noté un zumbido en los oídos, la cabeza me empezó a dar vueltas. Alguien me tocó en el brazo.

—¿Te encuentras bien, cariño? Ven, siéntate un minuto, no te preocupes por la compra, cielo. Ya nos ocuparemos de ella.

Al principio no entendí a qué se refería, pero luego comprendí que había soltado la cesta sin darme cuenta. Una dependienta y otra mujer se pusieron a recoger del suelo los productos mientras una anciana me acompañaba hasta las sillas alineadas en la pared reservadas para las personas mayores.

—¡Lo siento! —me disculpé—. Estoy bien. De verdad.

Me senté en una silla y alguien me ofreció un vaso de agua.

—¿Quieres que llamemos a alguien, cielo? Mi hija tiene un móvil, si quieres... —me preguntó la anciana rodeándome con el brazo.

—No, ya estoy bien, pero se lo agradezco mucho.

Me tomé el vaso de agua de un trago y agarré la cesta de la compra de manos de la dependienta.

—Gracias. Solo me he mareado un poco, eso es todo, esta mañana no he desayunado.

Al ponerme en la cola de la caja, eché un vistazo alrededor para localizar a aquel tipo, pero había desaparecido. No podía ser Scott, me dije. Scott estaba en Nueva Zelanda. Era más alto. Y más corpulento, y además tenía el pelo largo. Pero la última vez que lo había visto, Han-

nah solo tenía ocho meses y de eso hacía más de treinta años. Tal vez ahora hubiera cambiado de aspecto, yo también había cambiado bastante. En aquella época, al poco tiempo de nacer Hannah, me había teñido el pelo de pelirrojo y me lo había cortado. Al estar cuidando de mi hija todo el día me resultaba más práctico. Ahora, en cambio, lo llevaba al natural, todavía no estaba lo bastante encanecido como para tener que teñírmelo con regularidad, pero ya no era de ese color castaño aterciopelado tan lustroso como cuando conocí a Scott y a Eva.

Pagué la compra en la caja y salí a la calle. Me sentía demasiado alterada como para ocuparme del regalo de mi hija y decidí dejarlo para otro día. Me dirigí de vuelta a casa, echando un vistazo nerviosamente a mi alrededor, escrutando la multitud por si acaso veía a un tipo medio calvo con un abrigo oscuro enorme. Me sentía agitada y expuesta, y estaba temblando con tanta fuerza que los dientes me castañeteaban. Mientras esperaba el autobús, recordé que como ese día Duncan tenía consulta —las vacunas de rutina, principalmente a gatos y perros—, probablemente ya estaría en casa y se preguntaría por qué había vuelto yo tan temprano. Podía decirle que tenía migraña, pero no quería mentirle. Nunca le había mentido, solo le había ocultado lo que me había ocurrido antes de conocernos.

2

El día de San Esteban me levanté temprano y a las siete de la mañana ya estaba en la cocina, duchada y vestida, preparando café y tostadas. El día anterior había sido muy agradable; Duncan había cocinado solomillo Wellington para él, tarta de cebolla caramelizada para mí, y helado de chocolate con trufa. Después nos habíamos dedicado a mirar en la tele programas navideños, bebiendo oporto y comiendo pastelillos de frutos secos. Fue un buen día y me llegó al alma que Duncan se esforzara tanto por crear un ambiente festivo. Pero hoy era la festividad navideña más importante, un día muy especial.

Me comí la tostada de pie y me tomé el café mientras sacaba la comida de la nevera. Tenía muchas cosas por hacer, como cocinar el pavo al horno para Duncan y Marcos, preparar el picadillo a base de albaricoques y perejil, rellenar el pavo, y hornear el pan de anacardos y almendras para Hannah y para mí.

—Bien —dijo Duncan entrando en la cocina recién salido de la ducha con el pelo todavía húmedo—. Déjame ayudarte.

—Toma, pélalas por favor —respondí entregándole un pelapatatas y una bolsa llena de patatas y chirivías.

Me besó en la mejilla antes de ponerse manos a la obra.

—¡Alegra esa cara! Va a ser un día maravilloso —señaló animándome.

El día anterior había estado un poco deprimida. Sé que era egoísta por mi parte, pero quería que mi hija y mi nieto hubieran pasado la Navidad con nosotros.

—No me molesta que ayer estuvieran con los padres de Marcos —observé agregando gelatina de arándanos y una pizza de clavo molido a la col roja y la manzana rallada, mientras se cocían a fuego lento—. Pero creía... ya sabes a lo que me refiero, era la primera Navi-

dad de Toby... Y ni siquiera hace dos semanas que Hannah dio a luz. ¿Tú también no habías creído...?

—Cariño —respondió Duncan cortando la patata que acababa de pelar en cuatro trozos—. Llegarán pronto a casa y se quedarán hasta mañana por la noche. Disfrutemos de su estancia. Solo estuvieron en casa de los padres de Marcos un par de horas. ¿No crees que nosotros hemos salido ganando?

—Lo sé, pero...

—¡Oh, venga! No me digas que hubieras preferido que vinieran solo a comer el día de Navidad en lugar de quedarse hasta mañana.

—No, supongo que no —asentí con un suspiro—. Lo que ocurre es que mi hija me tiene un poco preocupada. Me da la impresión de que algo va mal en su vida. ¿Tú no has notado nada raro?

—Cuando la vi la última vez estaba un poco más callada que de costumbre, pero acababa de dar a luz. Y teniendo en cuenta todo por lo que ha pasado... —añadió haciendo una pausa para mirarme de súbito con cara preocupada—. ¿De verdad crees que le pasa algo?

Al ver su expresión angustiada me acordé de hasta qué punto le importaba Hannah. La quería como me prometió que lo haría, como si fuera su propia hija.

Lancé un suspiro.

—Seguramente no. Supongo que me estoy preocupando por nada —repuse besándole en la cabeza—. Lo siento.

Eso era precisamente lo que había hecho que decidiera mantener una relación con él. Nunca habría podido vivir con una pareja que no amara a Hannah como si fuera su propia hija. La primera Navidad que pasamos juntos me preguntaba angustiada cómo reaccionaría un hombre que no estaba acostumbrado a los niños cuando mi hija de siete años le despertara a las cuatro de la madrugada para enseñarle los regalos que él ya había visto y que me había ayudado a envolver la noche anterior. Pero le encantó y se lo tomó muy en serio, sugirién-

dome incluso que alquilásemos un disfraz de Papá Noel por si acaso Hannah se despertaba y me veía metiendo los regalitos dentro del calcetín.

En Nochebuena buscamos por la casa un par de calcetines largos elásticos para que Hannah colgara uno al pie de su cama y dejé el otro sin que me viera en el salón. Rellenamos uno de chucherías, monedas de chocolate, ratoncitos de azúcar rosados y blancos, peniques brillantes y una mandarina hasta que empezó a crujir de tan lleno que estaba, como si fuera a rasgarse en cualquier momento, y luego entramos sigilosamente en su habitación para cambiarlo por el otro vacío.

—¡La Nochebuena me encanta! —susurró Duncan—. ¿Te acuerdas de cuando sentías de pequeña sobre tus pies el peso del calcetín lleno a rebosar de regalitos y te decías ¡Ha venido!?

Me acordaba perfectamente, pero para mí esas felices navidades se habían terminado demasiado pronto.

—¡Mira, ha escrito una carta! —exclamó Duncan en voz baja deteniéndose para coger del suelo el sobre que se había caído de la cama—. No sabía que le hubiera escrito a Papá Noel.

—Yo tampoco.

Tras coger la carta, el pastelillo de frutos secos, el vaso de jerez y la zanahoria para el reno, nos dirigimos al salón. Alrededor de los bordes de la página había dibujado un árbol de Navidad lleno de adornos y estrellitas centelleantes. *Querido Papá Noel, si existes de verdad, te pido que me despiertes cuando vengas a mi casa. Si no lo haces, no creeré en ti. Tu amiga Hannah Matthews.*

PD. Espero que estés bien y te deseo felices fiestas.

Terminó la carta con varias líneas de «besos».

—¡Vaya, no me lo puedo creer! —admití riendo—. Mi hija está chantajeando a Papá Noel.

Duncan sonrió.

—Es lista, pero ¿te has fijado en que no le ha pedido nada? Solo le ha deseado felices fiestas —puntualizó rodeándome con el brazo y besándome en la nariz—. ¡Qué niña más encantadora y educada!

Aquel año pasamos unos momentos inolvidables. A Duncan le encantó adornar la casa con luces de colores, decorar el árbol y leerle a Hannah en Nochebuena el poema «La vigilia de Navidad».

—Me siento como si volviera a la infancia —dijo—. Es una festividad mágica.

—Así es como la Navidad debe ser para un niño.

Seguí fingiendo la visita de Papá Noel hasta que Hannah fue a la universidad. A aquellas alturas ya se había convertido en cierto modo en un juego y le dejaba un regalo en vez de un calcetín lleno de chucherías, pero yo quería conservar esos momentos mágicos de la Navidad lo máximo posible.

Hannah y Marcos iban a llegar a la una del mediodía y a las doce y media ya habíamos acabado de preparar la comida y en la casa flotaba el fragante aroma del pavo asado y de las hierbas aromáticas del relleno, y el olor fresco y penetrante de la col lombarda. Duncan había encendido la chimenea del comedor y tras cubrir la mesa con un mantel de un blanco inmaculado, la había decorado con candelabros altos y servilletas con argollas. Mientras él sacaba la nieve y el hielo del camino de la entrada, corté una ramita del árbol de Navidad y me escabullí al jardín, como llevaba haciendo durante los últimos diez años el día de San Esteban.

Encontré el lugar al final del jardín, marcado por una pequeña cruz de madera sobresaliendo en medio de la nieve, al pie del ciruelo. Me agaché y saqué la nieve de encima. Era el último bebé perdido; este casi había logrado sobrevivir. El cuerpecito perfectamente formado de seis centímetros de un niño varón de trece semanas. El único que había vivido más de ocho y no quería pensar dónde habrían ido a parar los diminutos cuerpos de los otros. Tenía que haber mirado, tenía que haber superado mi horror y agarrado sus cuerpecitos muertos y ensangrentados con mis propias manos mientras los traía al mundo, para enterrarlos al pie del ciruelo y visitarlos cuando necesitara recordar aquel momento.

Dentro de una semana esta pequeña cruz estará rodeada de campanillas de invierno, me dije dejando la ramita de pino ante ella.

—Feliz Navidad, cariño —susurré.

Las ocho primeras semanas de gestación habían sido muy angustiantes, cada vez que sentía una punzada temía que me volviera a pasar. Pero a medida que transcurrían las semanas y me hacían ecografías, me sentí de maravilla, empecé a tener esperanzas. En cuanto superé la etapa mágica de las doce semanas, me relajé de golpe. Estábamos tan seguros de que esta vez todo iría bien que incluso le empezamos a decir a la gente que esperábamos un hijo pasando olímpicamente de sus comentarios. Sí, ambos éramos cuarentones y no, no queríamos disfrutar de nuestra libertad ahora que Hannah se había ido de casa. Todavía teníamos mucho amor para dar y ambos queríamos tener a este niño —*nuestro* hijo— desesperadamente. Pero el día de Navidad, por la tarde, el dolor volvió y supe de inmediato lo que sucedería. En aquella época Hannah nos había venido a ver con Nick, su novio. Le pidió que se fuera y ella y Duncan estuvieron intentando consolarme durante las siguientes semanas, procurando no romper a llorar. Yo quería que Hannah regresara a Leeds, donde vivía en una casa compartida, una hija no tenía por qué ver a su madre perdiendo a un hijo. Pero insistió en quedarse a mi lado. Y varios años más tarde fui yo la que estuvo procurando no llorar cada vez que ella tenía un aborto espontáneo.

Sentí una mano sobre mi hombro. Al volverme vi a Duncan plantado a mi espalda. Tiró de mí con suavidad para que me levantara y me rodeó con sus brazos. Nos quedamos abrazados en silencio en medio del jardín nevado.

3

Los ladridos frenéticos de *Monty* anunciaron la llegada de Hannah y Marcos. Entraron ruidosamente en casa cargados de bolsas, mochilas, pañales y toda la parafernalia para el cuidado de un bebé. Hannah estaba muy demacrada. Marcos entró en la cocina llevando en brazos a Toby, que dormía sujeto aún a la sillita del coche, y lo dejó sobre la mesa. El bebé, sobresaltándose, se movió y abrió los ojos, pero los cerró de nuevo enseguida. Duncan recibió a Hannah con un fuerte abrazo y luego le estrechó la mano a Marcos. Me alegraba de que Duncan y Marcos se llevaran bien. Mi familia era tan pequeña que de vez en cuando me daba pavor que algo la destruyera. Contemplé la carita enrojecida y contraída de Toby y me maravillé de lo lista que había sido Hannah por tener a ese niño. Mi nieto.

—¿Os apetece tomar algo en Navidad? —sugirió Duncan frotándose las manos sonriendo.

—Pues sí —dijo Hannah—. Hay una botella de vino en esa bolsa, en alguna parte, pero supongo que es mejor que no tome. ¿Hay café?

—¿Puedes tomar café? —preguntó Marcos.

—¡Por el amor de Dios, es Navidad!

—Pero ¿no le...?

—Solo tomaré una taza, Marcos —replicó con voz cortante, algo inusual en ella.

Marcos levantó las manos en broma, fingiendo protegerse por si acaso.

—Vale, vale —repuso sonriendo burlonamente—. Lo siento. La señora quiere tomar café y así será.

Preparé el café añadiéndole leche caliente, como a Hannah le gustaba.

—¿Cómo te sientes? —pregunté cuando Duncan y Marcos ya se habían ido al comedor.

—Hecha polvo —respondió con un suspiro.

Apartando la sillita del coche, se sentó y apoyó los codos sobre la mesa, con la cabeza entre las manos.

—Dentro de un tiempo te sentirás mejor. Las primeras semanas son las peores. ¿Te echa una mano Marcos?

—Para serte sincera, se está desviando por mí —admitió rodeando la taza con las manos y soplando un poco el café para que se enfriara—. Es muy buen padre —añadió con una cierta tristeza en la voz.

De pronto Toby se despertó y empezó a llorar.

—Ya me ocupo yo de él, tú tómate tranquilamente el café —le sugerí intentando liberarlo del arnés que lo mantenía sujeto a la sillita.

Parecía mucho más complicado de desabrochar que los de antes.

—Ya está —dijo Hannah inclinándose sobre su hijo para liberarlo del arnés en un visto y no visto.

Se volvió a sentar, y al ver que Toby se echaba a llorar con más fuerza, lanzó un suspiro.

—¿Cómo es posible que vuelva a tener hambre? Solo hace un par de horas que le he dado de mamar.

—Ven, cariño —le susurré mientras lo levantaba de la sillita y pegaba su pequeño cuerpo a mi pecho.

Qué gracioso estaba con su mono navideño rojo y la chaqueta de punto de color azul marino que Hannah le había tejido durante el embarazo. Nos llevó lo nuestro encontrar esos botones en forma de mariquita, pero Hannah sabía exactamente lo que quería. Mi hija tenía muy buen gusto para la ropa.

—Tiene un cuerpecito perfecto. Qué diminuto y compacto es.

Estuve a punto de comentarle que era clavado a Marcos, pero algo me hizo cambiar de opinión.

—Shhh, duérmete, cariño —le susurré meciéndole y caminando por la cocina para que se calmara—. Duérmete, pajarito, deja que tu pobre mamá se tome el café. Shhh-shhh.

—¡Oh, mierda, me están goteando de nuevo! —exclamó Hannah mirándose el pecho.

Agarró una toallita húmeda de la bolsa acolchada que había dejado a su lado para limpiarse los dos manchurroneos que le acababan de salir en el jersey.

—Ahora me pasa siempre que se pone a llorar —observó alargando las manos—. Es mejor que me lo des.

Levantándose el jersey, se arrimó la carita de Toby al pecho para que oliera la leche. El bebé agarró el pezón con la boca ávidamente. Después de varios intentos, se puso a mamar y Hannah hizo una mueca de dolor.

—¿Te duelen?

Ella asintió con la cabeza, mordiéndose el labio inferior.

—La enfermera me dijo que acabaría acostumbrándome, que era como cuando estrenas unos zapatos y al principio te duelen. Pero yo creo que o no ha tenido nunca un hijo o sus pies están cubiertos de callos.

La actitud de la enfermera me irritó mucho.

—Eso no te sirve de mucha ayuda. ¿Y no te pueden recetar alguna crema para que no te duelan tanto?

Ella asintió con la cabeza.

—Pero apenas le da tiempo a hacer efecto. Es un problema sin solución, porque Toby o está agarrado a mi pezón o está llorando y haciendo que me goteen, así que por más que quiera no me libero del dolor.

—¿Qué te...?

Hannah sacudió la cabeza.

—No es que quiera perderlo de vista, solo es... que aunque Toby tenga menos de dos semanas me siento como si llevara ocupándome de él toda la vida. No sé cómo explicarlo, se ve tan *decidido*, es como si supiera lo que quiere y el modo de obtenerlo, ¡tanto si me gusta como si no!

Alzando la cabeza, sonrió vagamente.

—Ya sé que parezco una desagradecida, ¿verdad? —admitió contemplando a su hijo, que ahora mamaba embelesado con los ojos cerrados, abriendo y cerrando su manita apoyada en el pecho de su madre—. Le quiero mucho —añadió en voz baja—. Y deseaba tenerlo con locura. Lo que pasa es que ya ni me acuerdo de cuando salía a pasear sin que los brazos me dolieran por haberlo estado sosteniendo, o de cuando me iba a la cama sin aguantar la respiración para que no se echara a llorar.

Volví a mirarla. Pobre Hannah, estaba pálida y tenía unas profundas ojeras. Y, sin embargo, durante el embarazo se veía radiante.

Como Toby no dejó de llorar durante la comida a pesar de haberle dado el pecho hacía poco, Marcos, Duncan y yo nos fuimos turnando sosteniéndolo en brazos y meciéndolo para que Hannah pudiera comer tranquila. Al terminar el plato principal, me levanté para llevarme los platos sucios y ella me siguió a la cocina. Metió la vajilla en el lavaplatos y luego se sentó ante la mesa mientras yo buscaba las cerillas para flamear el pudín navideño. Agarrando la botella de coñac, lanzó un suspiro.

—En este momento me la tomaría de un trago. Así a lo mejor podría dormir más.

Me dio la impresión de que no lo decía del todo en broma.

—¿Qué te parece si me quedo unos días con vosotros para echarte una mano? Solo para que te relajés un poco. No tengo que trabajar en el Proyecto para Familias Jóvenes hasta después de Año Nuevo y puedo fácilmente...

—Gracias, mamá, pero ya me has ayudado bastante. A Marcos todavía le queda una semana libre por la baja de paternidad y de todos modos en algún momento tendré que acostumbrarme a esta nueva vida.

—Sí, pero no te iría mal que te echara un cable, hija. Tu cuerpo ha sufrido un gran trauma, tu organismo está inundado de hormonas y tu vida ha dado un giro de ciento ochenta grados. Y lleva su tiempo acostumbrarse a esta clase de cambios.

Hannah se lo pensó un minuto y luego sacudió la cabeza.

—No, tengo que... todo irá bien, mamá. Supongo que aún estamos familiarizándonos el uno con el otro. Venga, vayamos al comedor a flamear el pudín.

Cuando conseguimos por fin que Toby se quedara dormido en el moisés, de pronto sonó el teléfono. Advertí la mirada casi temerosa que Hannah le echó, pero por suerte el pequeño no se despertó,

—Debe de ser mi madre —señaló Duncan—. Seguro que es ella —añadió echando un vistazo al reloj de pulsera—. Ha llamado más temprano de lo que creía.

Sonreí.

—Dale recuerdos de mi parte —dije.

Estelle siempre llamaba el día de San Esteban. Cada año pasaba la Navidad en casa de su hermana, que se había quedado viuda, y al volver a su hogar nos llamaba para contarnos que Gina había estado hablando durante horas de sus nietos, que el tinte que había elegido para el cabello no le sentaba bien, y que había estado bebiendo como una esponja toda la velada.

—¡Hola, Feliz Navidad! —exclamó Duncan alegremente al descolgar el teléfono—. ¿Hola? —repitió—. ¿Hola? ¿Hola? —volvió a decir mirando el auricular—. Y luego colgó encogiéndose de hombros. —Debe de ser alguien que se ha equivocado de número.

—Marca el uno cuatro siete uno para ver quién ha llamado —le sugerí. Hannah levantó de pronto la vista y me di cuenta de lo nerviosa que sonaba mi voz—. Es que es la segunda vez que pasa, ¿verdad?

Duncan marcó los números.

—Es un número oculto —repuso metiendo el teléfono inalámbrico en el cargador—. Llamaré a mi madre por si acaso ha sido ella.

Nadie dijo una palabra hasta que le oímos hablar con Estelle explicándole por qué la llamaba en lugar de esperar a que lo hiciera ella como de costumbre.

Después de comer le propuse a Hannah que fuéramos a dar un paseo mientras Duncan y Marcos se quedaban en casa metiendo la vajilla en el lavaplatos y limpiando la cocina para que no pareciera que había estallado una bomba. Tras ponerse el abrigo, el gorro de lana, la bufanda y los mitones, Hannah me esperó plantada junto a la puerta con las manos en los bolsillos mientras yo me ponía las botas. Afuera todo estaba en silencio, cubierto por un manto de nieve. Toby empezó a moverse, le oí gimotear un poco.

—¿No te lo llevas contigo? —pregunté agarrando las llaves del cuenco amarillo de cerámica que Hannah había hecho en el colegio.

Mi hija lo llamaba su «cuenco soleado».

—¿Qué? ¡Oh, sí!, no me queda más remedio —asintió quitándose el abrigo.

Sacó a Toby del moisés y lo dejó sobre el cambiador. Luego agarró su abrigo de la bolsa de mano e intentó meterle el brazo por la manga, pero no había manera. Hannah se mordió el labio frustrada.

Dudé un momento, no quería que mi hija pensara que quería entrometerme, pero al verla perder los nervios, le pregunté si quería que le echara una mano.

—Gracias —repuso suspirando aliviada y se apartó para que me ocupara yo de ello.

—¿Cómo voy a ponerle el abrigo si no para de moverse? ¡Es imposible!

—Procura tirar de la manga desde el otro extremo en lugar de intentar que meta el brazo por ella. Así —le aconsejé plegando la manga con las dos manos para meterle el bracito guiando su mano.

Estaba a punto de saltársele las lágrimas.

—¿Por qué no se me habrá ocurrido a mí? No valgo como madre.

—¡No, no es cierto! —exclamé abrazándola—. Lo estás haciendo muy bien. Y es lógico que no se te ocurriera, porque nadie te lo ha enseñado. Una mujer italiana con la que trabajaba me lo enseñó cuando tú eras muy pequeña y lo más probable es que alguien se lo enseñara también a *ella*.

Hannah volvió a suspirar.

—Venga, cariño. No puedes saberlo todo de golpe, lo irás aprendiendo con el tiempo.

Ella asintió, pero sin mirarme. Y tampoco hizo el ademán de ir a coger a Toby en brazos.

—Ojalá me dejaras que te ayudara más.

—Si quieres puedes llevarlo tú con el portabebés.

Hannah sabía que no era a eso a lo que me refería, pero lo hice de todos modos.

—Ven conmigo, cielo —dije sacándolo del moisés para arrimármelo al pecho mientras Hannah me lo sujetaba al cuerpo con el complicado arnés portabebés. Luego le pusimos la correa a *Monty* y salimos a la calle.

Había oscurecido y caminamos en cordial silencio, rompiéndolo solo de vez en cuando para hacer un comentario sobre el precioso árbol de Navidad que asomaba por la ventana de una casa o sobre la espectacular profusión de luces. *Monty* se paraba cada dos por tres para olfatear algo interesante debajo de la nieve o levantar la pata en un árbol. Giramos por el estrecho sendero que discurría a lo largo de las aguas del Porter Brook hasta el Cementerio General, un muro alto de piedra a un lado, y al otro la ladera nevada que daba al río. La tenue luz anaranjada de las farolas se esparcía sobre la nieve creando un ligero ambiente dickensiano. Empezó a nevar de nuevo mientras cruzábamos el cementerio para dirigirnos a la iglesia en ruinas. Al llegar nos detuvimos un momento a contemplar cómo caían los copos de nieve, con las lápidas antiguas y los acebos con bayas rojas como telón de fondo. Noté el cálido cuerpecito de Toby pegado a mi pecho. Todo estaba tan silencioso que lo único que se oía era a *Monty* olfateando la nieve.

—Qué escena más hermosa, ¿verdad? —dije.

Pero mientras contemplábamos los silenciosos copos de nieve formando un manto blanco a nuestro alrededor, me asaltó de pronto una sensación tremenda de desolación. Aquí estaba yo, con mi hija y mi

primer nieto, a punto de volver a mi acogedor hogar donde me esperaba un marido que me quería y, sin embargo, me sentía como si me envolviera una niebla negruzca y fría; era una sensación horrenda de inseguridad. ¿Y si lo perdía todo? ¿Y si me lo arrebataban? Volviendo la cabeza, miré atrás y luego de nuevo hacia la iglesia, pero nada había cambiado. ¿Por qué me sentía entonces tan angustiada?

4

Mientras Hannah y yo paseábamos con Toby, a Duncan y Marcos se les ocurrió organizar una pequeña fiesta en Nochevieja. Yo no era aficionada a las fiestas, pero me descubrí pasándomelo de maravilla, y al estar rodeada de amigos y de familiares, me sentí como si por fin estuviera celebrando mi verdadero cumpleaños. Al cumplir los cincuenta en mi falso aniversario, Duncan me había llevado a Edimburgo, a un hotel boutique con una cama enorme y unos cuartos de baño de infarto equipados con albornoces blancos y mullidos. Hicimos lo típico de los turistas: catar distintas clases de whisky, hacer un *tour* literario guiado, viajar en la parte descubierta de un autobús, y almorzar en un restaurante donde los platos estaban presentados con tanto primor que no sabíamos si comérmolos o simplemente admirarlos. Me dijo que estaba guapísima y que apenas podía creer que tuviera cincuenta años. Después me regaló unos pendientes de perlas y me contó que haberse casado conmigo era lo mejor que había hecho en su vida. En ese momento tuve que mirar a otro lado, me sentí como una traidora. Duncan era un buen hombre y aunque yo estuviera intentando ser mejor persona, sabía que no me merecía a alguien como él.

Hannah estaba charlando con Marina y Paul, nuestros viejos amigos. Seguía teniendo ojeras, pero se veía mucho más guapa al llevar un poco de maquillaje y haberse puesto un jersey lila de lana, una minifalda verde, medias moradas y botas negras de ante. Marina alargó los brazos para sostener al bebé y Hannah, tras dárselo, se acercó a nosotros.

—¡Caramba! —susurró—. Si otra persona más me dice que Toby es clavado a su padre, me pondré a chillar.

—Es que tienen razón —afirmó Duncan.

Le fulminé con la mirada.

—Esperaba que mis hijos se parecieran a mí, al menos un poco.

Duncan se dio cuenta de que había metido la pata.

—Lo siento, Han —se disculpó dándole unas palmaditas en el hombro—. ¡Qué insensible he sido!

—No pasa nada —repuso Hannah encogiéndose de hombros.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté.

Hannah asintió con la cabeza y esbozó una leve sonrisa, pero tenía la cara tensa y preocupada, como un par de años atrás, cuando los médicos estaban intentando averiguar qué le pasaba y su rostro joven y bonito se había ensombrecido por la preocupación y el miedo. Me llamé por teléfono en cuanto salieron de la consulta y lloraba con tanta desesperación que apenas la entendía.

—Me han dicho... me han dicho que tengo...

Por un horrible momento creí que le habían dicho que tenía una enfermedad terminal. Presa del pánico, me sentí como si me hubieran clavado en seco con un clavo de acero.

—Cariño, cálmate te lo ruego. ¿Qué te han dicho?

Marcos se puso al teléfono. Tenía la voz agitada.

—Creen que tiene algo llamado fallo ovárico prematuro. Significa que sus óvulos se están...

Oí a Hannah ponerse al teléfono de nuevo.

—Mamá, ya me ha venido la maldita menopausia. Y solo tengo treinta y un años, joder. Y mis óvulos... se están muriendo.

Sentí que se me saltaban las lágrimas.

—¡Oh, Hanna! ¡Oh, cariño, no sé qué decir!

La oí intentando no echarse a llorar.

—Me han dicho que puede ser hereditario, pero tú te quedaste embarazada a los cuarenta y tres. Espera un momento.

La oí sonarse y luego suspirar.

—Lo siento, no quería... No he debido recordártelo.

Procuré calmarme. Todavía estaba intentando asimilar la noticia.

—No, no, no pasa nada.

—Mamá, ¿podemos ir a veros?

Se sentaron en la cocina, pálidos y con los ojos enrojecidos de haber estado llorando. *Monty* se tumbó a los pies de Hannah con la cabeza apoyada en su regazo mientras ella con expresión ausente jugueteaba con sus orejas. Preparé una taza de té, recordando que debía añadirle una buena cantidad de azúcar. Una vez, cuando Hannah tenía cinco años se cayó rodando de la mesa del estudio en el que vivíamos y se rompió la clavícula. La casera nos llevó en coche al hospital, se quedó con nosotros hasta que atendieron a nuestra hija y luego nos condujo de vuelta a casa. Y mientras yo acostaba a Hannah, me preparó una taza de té. «Aquí tienes, cariño, está caliente y dulce», me dijo. Con voz temblorosa aún, le di las gracias, pero le respondí que no lo tomaba con azúcar. «Hoy es mejor que te lo tomes así», me aconsejó.

Y de pronto me vino a la memoria aquel día de más de treinta años atrás, cuando Scott preparó un té con azúcar para los dos que nos ayudó a tranquilizarnos.

—¿Qué edad tenía tu madre cuando murió? —me preguntó Hannah, haciendo una mueca al tomarse a sorbos el té de lo dulce que estaba.

—Cuarenta y uno.

—¿Y a ella le venía todavía...? ¿Era...?

—Lo siento, cariño —repuse suspirando—. En aquellos tiempos las madres y las hijas no hablaban de estos temas. Y mi madre tenía además otros problemas, como ya sabes, así que era difícil hablar de cualquier cosa.

Sintiéndome de pronto algo mareada, aparté una silla de la mesa y me senté. Como la situación ya no tenía remedio, no valía la pena hablar de las historias familiares.

—Me alegro de que nosotras podamos hablar sin tapujos —afirmó Hannah—. La mayoría de mis amigas se quejan de sus madres.

—Yo también me alegro —asentí tomando un sorbo de té, me quemé un poco la boca de lo caliente que estaba—. ¿Hay... algo que

podamos hacer? Me refiero a si te podemos ayudar de alguna manera para que tengas un bebé.

Había deseado que Hannah no quisiera ser madre, por más que me encantara la idea de tener nietos, pues cada vez que me la imaginaba dando a luz me invadía una terrible ansiedad. Mi mayor miedo había sido siempre perder a Hannah, a mi preciosa hija única. No podía soportar verla así. Recordé lo desgraciada que yo era cada mes que tenía la regla, y cuando no me venía me sentía loca de alegría, pero al volver los dolores a las pocas semanas me embargaba una profunda desesperación.

—Por lo visto tenemos dos opciones —señaló—. Adoptar a un niño, aunque hay una larga lista de espera, o intentar encontrar una donante de óvulos.

—Pero...

—En el caso de la fecundación in vitro, usaríamos el esperma de Marcos, ya que por lo visto mis óvulos no están en buenas condiciones, por eso necesitamos una donante.

—Este método sale muy caro y además no sabemos si funcionará —terció Marcos.

Estaba sentado con el cuerpo inclinado hacia delante y la vista clavada en el suelo, haciendo girar una y otra vez las llaves del coche en sus manos. Tenía la misma edad que Hannah, pero en ese momento parecía muy joven y vulnerable.

Permanecemos sentados en silencio mientras yo asimilaba la noticia. Hannah había dejado de llorar, pero de vez en cuando se enjugaba la cara al caerle otra lágrima.

—No te preocupes, te ayudaremos económicamente —le aseguré—. ¿Estás dispuesta a hacerlo?

Ella asintió con la cabeza, agarrándole la mano a Marcos.

—Sí, queremos hacerlo —afirmó—. De verdad.

Saltándosele las lágrimas de nuevo y sonriendo a la vez, se levantó para abrazarme.

—Gracias, mamá.

Duncan, por supuesto, estaba de acuerdo. Acababa de abrir una consulta como veterinario en las afueras de Sheffield, y se ocupaba de los animales de las granjas y de los caballos de los centros de equitación, aparte de los gatos, perros y hámsteres habituales, de modo que ahora ganaba mucho más dinero que antes y estaba encantado de poder darle un buen uso. Y cuando, tras un primer intento fallido, el segundo acabó en un embarazo simple que siguió progresando de maravilla a los cuatro meses, la felicidad de Hannah fue la mayor recompensa de todas. Además, el embarazo le sentaba de maravilla, sobre todo en la última etapa, en la que se veía rebosante de salud. Durante las últimas semanas tenía un aspecto y un aire casi majestuosos.

Al mirarla ahora me costaba creer que fuera la misma que aquella joven sonriente y llena de energía del pasado.

Alguien llamó a Duncan y él fue a ocuparse del invitado.

—Marina dice que todos los bebés se parecen a su padre —prosiguió Hannah—. Afirma que es una táctica de la naturaleza para protegerlos.

—Yo también lo he leído en alguna parte. Si un hijo se parece a su padre, al tener este ante sus ojos la prueba de su paternidad, tenderá más a quedarse con la madre para protegerlo, en lugar de tontear con otras mujeres y abandonarla.

Hannah asintió con la cabeza, pensativa.

—¿Me parezco a mi padre?

Me quedé helada por un segundo; hacía años que no mencionaba a su padre. De repente me vino a la cabeza la imagen del otro día de aquel hombre en Marks & Spencer. Me recordó tanto a Scott que durante los últimos días había estado pensando en el pasado más de lo habitual. Miré a Hannah, su cabello..., había decidido cortárselo antes de tener a Toby y ahora lo llevaba liso a lo *garçon*, aunque era menos oscuro que el cabello negro como el carbón de Scott en aquellos tiempos. Pero era alta y esbelta como su padre, y había heredado sus ojos almendrados color azul aciano en lugar de tenerlos marrones, como era habitual en las personas de pelo oscuro.